

EL CASCABEL

MADRID.	
3 meses.	1,75
6 meses.	3,00
1 año.	6,00

PROVINCIAS.	
3 meses.	2,00
6 meses.	3,50
1 año.	7,00

MADRID 11 DE JUNIO DE 1876.

DESPACHO: Jorge Juan, 5. Madrid.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
3 meses.	3,00
6 meses.	8,00
1 año.	15,00

VENTA.	
Número del día, 2 cuartos.	
Número atrasado, medio real.	
Anuncios, á real línea.	

COSAS DEL DIA.

—Mucho se madruga, D. Severo.
 —Voy á casa de la modista.
 —Pocos maridos habrá tan complacientes como Vd.; ¿se trata de algun nuevo vestido para la esposa?
 —¡Cá! no señor: si voy á probarme un traje de verano que he mandado hacer.
 —¡A la modista!
 —Sí, señor: y á la vuelta pasaré por casa de mi antiguo sastré para ver si tiene ya concluidos los chalecos de mi mujer.
 —¿De manera que han trocado Vds. los frenos?
 —Nosotros, no; la moda. Haga Vd. el favor de mirarme un poquito sin reirse; estos pantalones anchos tapando los piés, con más vuelo que las faldas aquellas de los buenos tiempos del mirinaque; estos chalecos, estos cuellos y estos chaquets abiertos, con un escote descomunal que permite lucir la pechuga, ¿no es más natural que se confeccionen por una modista? En cambio repare Vd. en la vestimenta de mi mujer y sus corazas, sus gabanes ajustados, su falda ceñida, sus chalecos, sus camisas, sus puños, todo está pidiendo hacerse en talleres masculinos.
 —Siguiendo ese camino acabará Vd. por salir un dia con enaguas, dejando entre tanto que su esposa de Vd. se ponga los pantalones.
 —El hábito no hace al monje.
 —Pues yo le aseguro á Vd. que no sabria conservar mi dignidad con esos atavíos que han dado en llevar ustedes los elegantes.
 —Vd. pertenece al antiguo régimen. Si tuviera tiempo discutiríamos sobre el particular, pero no quiero hacer esperar á la modista y tengo que volver muy pronto á casa.
 —¿Algun negocio?
 —No, señor; he prometido á mi mujer quedarme esta tarde á tener cuidado de los niños para que pueda ir al Congreso á oír discutir el presupuesto de la guerra.
 —Necesito dinero.
 —Eso nos pasa á todos.
 —No lo tome Vd. á broma, vengo á proponerle á usted un negocio.
 —Veamos.
 —Ya está encima la temporada de baños; mi mujer empieza á sentirse indispueta, como de costumbre: los meses de Julio y Agosto son para ella insoportables, y aunque el resto del año goza de una salud excelente, en llegando esta época se pone tan mala que es necesario sacarla de Madrid. Apenas respira las frescas orillas de la costa Cantábrica ó los hermosos aires del Pirineo, se anima, se fortalece, recobra todo su apetito y su buen humor...
 —Pero el negocio...
 —El negocio es que las indisposiciones de mi mujer coinciden siempre con otra enfermedad crónica que viene padeciendo mi bolsillo desde hace muchos años... y vengo á pedirle á Vd. que me anticipe doce mil reales en las condiciones que sea posible... Ya sabe Vd. que soy persona de crédito y...
 —¡Como no lo viera no lo creyera! Un hombre tan serio crearse compromisos y proporcionarse disgustos por un eapricho...
 —Todo lo que Vd. quiera; pero para mí es cuestion de vida ó muerte; he dicho mal, de todos modos cuestion de muerte; porque si no vamos á los baños, entre el calor y las filípicas de mi mujer no llego á Setiembre, y si encuentro el dinero y doy gusto á mi esposa, á la vuelta de nuestra expedición, acaban conmigo los acreedores.
 —¿Se va de compras?
 —Las niñas se han empeñado en visitar la playa de Biarritz, y como se necesitan tantas cosillas para ponerse una en camino...
 —Y ¿cuándo es la marcha?

—Aún no está acordada definitivamente, porque como en casa hay tantos pijos que tocar, el año 72 no salimos por la enfermedad de Consuelo; el 73 por los estudios de Arturito; el 74 por la boda de Teresita; el 75 por el parto de Angeles, y este año, aunque parece que podremos realizar nuestra idea, ya no me atrevo á asegurarlo, porque estamos condenadas á quedarnos siempre con el equipaje hecho; donde hay mucha familia es imposible ir á ninguna parte, porque primero que todo se pone en movimiento... ya ve Vd., en casa nos reunimos veinticuatro personas, sin contar los criados.
 —Pues el dia que se vayan Vds., de seguro bajan los comestibles.
 —Yo, chico, si no voy á Paris no creas que es por no gastar.
 —Pues ¿por qué no vas?
 —Porque no tengo ni un céntimo, pero si tuviera muchos ya verias que poco me importaba gastarlos.
 —¿Te dedicas á coleccionar fotografías? ¿Qué vistas son esas?
 —Las de varios establecimientos de baños. Ya tengo Arechavaleta, Ontaneda, Alhama y Aguas-Buenas... Voy á entretener el verano examinándolas minuciosamente...
 —¡No es mala idea!
 —Para mí están ya demás los viajes... con mi estereoscopio y mis vistas fotográficas hago yo los viajes más cómodos, más completos, más rápidos y más baratos que se pueden imaginar.
 —He determinado tomar unos cuantos baños rusos.
 —¿Va Vd. á Rusia?
 —No, señor; me propongo dar un par de vueltas todos los dias á las doce de la mañana por la Puerta del Sol.
 —Y al fin, ¿qué plan se acordó anoche para este verano?
 —Acordamos tomar toda la familia las aguas de Vichy.
 —Venció Sofia, que tanto desea ir á Francia.
 —No, señor; venció el hijo del boticario, que dice que su papá tiene unas botellas de esas aguas que no hay más que pedir.
 —¿Conque Pepito ha salido mal en los exámenes?
 —Dice que ha sido una injusticia.
 —¿Le tenía tirria el maestro?
 —No, señor; ¿pero considera Vd. justo que se reprobe á un niño de nueve años por no saber gramática, cuando hay hombres muy importantes que cuando hablan dicen *mí*?
 —Dígalo Vd. más bajito, no sea que alguien lo oiga y pida la palabra para una alusion personal.
 —¡Y el templo de Santo Tomás sigue sin derribarse!
 —Con Santo Tomás, está sucediendo lo mismo que con la Hacienda. Se reconoce su mal estado, pero no se aplica un remedio instantáneo y eficaz.
 —Esperemos con calma el hundimiento y la ruina.
 —Me gusta mucho que llegue el dia del Corpus.
 —Para ver mujeres guapas...
 —Y para estar paseando todo el dia por la calle de Carretas, porque, aunque no tengo oficio ni beneficio, ¿quién podrá negarme entonces que soy hombre... de carrera?

DIMES Y DIRETES.

—Pero Gregorio, ¿en qué diablos estás pensando? Apenas tomas un periódico, en seguida te preocupas con las noticias, como si á tí te importaran las conferencias y los cabildos de los políticos.

—Mujer, estaba considerando que ya se restableció la paz en España, y que por esta razon somos ahora los españoles más felices... hasta cierto punto.
 —Pues hombre, para eso no es necesario discurrir mucho.
 —Ciertamente. Sin embargo, yo creía que la paz nos libraba de la guerra.
 —Verdad de Pero Grullo.
 —Creía tambien que así mismo nos libraba de los impuestos que son necesarios para sostener la guerra, por aquello de que cuando las causas...
 —Ya lo crec.
 —Yo quisiera creerlo; pero como no he estudiado lógica, no puedo estar al corriente de ciertas cosas.
 —Como no te expliques mejor...
 —A eso voy: hagamos historia, como suele decirse: Cuando los carlistas estaban en armas y el gobierno tenia que mantener y equipar un numeroso ejército, creó un impuesto de guerra, en virtud del cual todos quedamos obligados á hacer un sacrificio de cinco céntimos de peseta en frecuentes ocasiones; desde entónces no hemos podido echar una carta al correo sin pegar en ella el consabido sellito de cinco céntimos. Hasta aqui todo se explica racionalmente. Vino la paz tan suspirada: todos nos regocijamos porque entre sus ventajas creíamos que el tal impuesto desaparecería, y es el caso, que no solo continúa y continuará, sino que ahora nos va á costar cada sellito diez céntimos, y se seguirá llamando impuesto de guerra. ¿Tú entiendes esto?
 —No lo entiendo. ¿Como yo tampoco he estudiado lógica!...
 —Pues hija, ya ves que el problema no es tan sencillo. En fin, soltaremos los diez céntimos cuando llegue el caso y la paz sea con nosotros.
 —¿De modo que cada carta nos va á costar nada menos que cuatro perros chicos?
 —¡Es una funesta realidad! El estado afflictivo de la Hacienda nos exige un nuevo sacrificio y debemos aceptarle por patriotismo.
 —El caso es, que tu sueldo es tan corto... por todas partes nos piden, y nos rebajan, todo se encarece y los tiempos son fatales.
 —No te apures. Esta nueva contribucion indirecta puede sernos muy ventajosa, porque no escribiendo cartas á nadie economizaremos tiempo, papel, tinta, sobres y sellos.
 —Pero no tendremos noticias de nuestros parientes ni de nuestros amigos, porque si no les contestamos, claro es que ellos no nos escribirán.
 —Tanto mejor, si las noticias habian de ser malas.
 —No, Gregorio: sin comunicaciones no podemos vivir.
 —Pues entonces, no hay más remedio que soltar la mosca. ¡Dura lex; sed lex! ¿Sabes lo que quiere decir esto?
 —No.
 —Pues esto significa que es necesario respetar las leyes; obedecer al que manda; dar al César lo que es del César y á la Hacienda los cuatro perros chicos consabidos, en vez de uno solo y grande, que le quisieran dar muchos contribuyentes. En fin, tengamos paciencia: esto durará poco (hablo del impuesto, que es transitorio), y por otra parte, pronto habrá nuevas elecciones, y ya procuraré yo que me elijan diputado; entónces...
 —Entónces suprimireis los cuatros perros...
 —Al contrario, mujer; aumentaremos otros cuatro, para que sean ocho y los paguen todos los españoles... que no escriban cartas en el Congreso.
 —Voy conociendo que no sin razon estabas meditando.
 —Si: hay asuntos pequeños, de cinco céntimos de peseta, por ejemplo, que nos obligan á remontarnos á las alturas sublimes de la ciencia. Mi abuelo era un abogado muy sábio, y entre las máximas jurídicas que repetía con frecuencia, recuerdo haberle oido decir: La ley debe ser ge-

meral y obligar á todos; pues de otro modo se convertiría en un odioso privilegio.

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—No; no tiene que ver. Ya sé yo que lo que decía mi abuelo no viene ahora á cuento; pero la imaginación, fija en cualquier asunto, se desvia de él muchas veces insensiblemente... ¿quién es capaz de poner freno á los correrías de la imaginación?

—Así es la verdad; pero ahora estábamos hablando del impuesto de guerra, de los cuatro perros sin bozal que van á propagar la hidrofobia en este país sin ventura, de los diez céntimos de peseta que no tendremos que pagar...

—Sí, sí, cuando vivamos en paz, cuando nos digan *Requiescant in pace*, porque entonces ni enviaremos ni recibiremos cartas por el correo.

—Ni serás tú diputado.

D. CLEOFÉ.

LA CUESTION SOCIAL

CONSULTAS GRATUITAS.

CONSULTA N.º 2.

—¿Se puede pasar?

—Adelante.

—Es que no vengo sola...

—¿Ese caballero?...

—Es mi marido.

—Por muchos años.

—Gracias.

—Tomen ustedes asiento.

—Con mucho gusto.

—¿Cuál de los dos es el enfermo?

—Los dos, para lo que Vd. guste mandar; pero el que necesita con urgencia los cuidados de Vd. es mi marido.

—Entonces empezaremos por él.

—¡Ay! sí, señor, porque mi mal es como si dijéramos consecuencia del suyo; póngamele Vd. bueno y yo también me curo de raíz.

—¿Y qué es lo que padece?

—Una monomanía... Mírele Vd. con atención. En este instante parece que tiene fijos en Vd. sus ojos, y, sin embargo, no le ve á Vd. ni sabe dónde se halla.

—Con efecto, su mirada es vaga...

—¡Vaga!... No lo crea Vd.; pues poquito horror que tiene mi Venancio á los vagos... Ahí donde le ve usted siempre tiene delante una visión.

EL ENFERMO.—¡Vacías! ¡Vacías!

—¿Oye Vd.? Le va á dar el ataque.

—¿Qué es lo que dice?

—Que están vacías.

—¿Qué?

—¡Las arcas del Tesoro!... Esa es su pesadilla. Mi marido ha sido siempre muy patriota, y cuando se ha tratado de salvar al país ha sido de los primeritos. La experiencia le ha demostrado que el gran remedio de los males es el dinero; y ni la libertad, ni el orden, ni el partido A ó el partido B le inspiran confianza... ¡Que estén repletas las arcas del Tesoro, dice él, y el país se salva!

—Tiene razón.

—Pues porque la tiene no la tiene y está monomaniaco. Ya hace tiempo que sufre y he apurado cuantos remedios puede Vd. figurarse para volverle el juicio; ¡pero nada! Hoy no se preocupa más que de los negocios que hace el Tesoro con los particulares y los Bancos, y como sabe mucho y en medio de su mal siente crecer la yerba, cuando comprende que la fortuna pública va á sufrir menoscabo, se agita, se enfurece, perora, grita, emborriona con números mucho papel, y luego cae en un abatimiento, en una postración que poco á poco va minando su vida.

—¡Pobre señor!

—Como todos los días se hacen negocios de los que le perturban... desde hace tiempo casi no halla reposo. Oígame usted... ¡Va á hablar!

—Digo que no y no... Si se hace lo que quiere el Banco de Castilla, pierde el Estado 50 millones lo ménos... Además, lo pactado pactado está, y es necesario que sepa todo el mundo lo que se quiere hacer para que la opinión dicte su fallo.

—Cálmate, Venancio; cálmate, hombre... A tí qué más te da.

—Déjele Vd. que hable... De esa manera podré apreciar el estado de su cerebro.

—En ese caso no hay más que darle cuerda... Ya verá usted. Vamos, pichon, explícale al señor eso que te preocupa... Es muy amigo del gobierno y le transmitirá cuanto tú indiques.

—¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿Usted conoce á los ministros?

—A todos.

—¿Y les expondrá Vd. mis argumentos?

—Sin dejar uno solo en el tintero.

—¡Oh! Pues escuche Vd... que es importante.

—Soy todo oídos.

—Hace tiempo que, apurada la nación, teniendo que sostener la guerra contra los carlistas, y precisamente cuando se vió en Somorrostro que no contábamos con fuerzas suficientes para triunfar, necesitó el gobierno fondos, y mediante la suma de 100 millones, arrendó por cinco años al célebre banquero Salamanca el impuesto del timbre.

—Lo sé; prosiga Vd.

—Se hizo un contrato que obligaba al banquero á dar todos los años al gobierno 60 millones por este impuesto. Los gastos eran de su cuenta, y si se recaudaba más de lo estipulado, debía este sobrante repartirse por mitad entre la empresa y el gobierno. Hasta aquí todo va bien. El gobierno hallaba fondos y aseguraba una renta. Muchos capitalistas hubieran deseado tomar parte en la negociación; y presentada de otro modo, hasta habría habido quien hiciera proposiciones más ventajosas; pero, en fin, se realizó como indico, y todos callaron.

—¿Sabe Vd. que es curioso todo eso?

—Aguarde Vd. En estas cosas llega el plazo señalado para entregar los 100 millones, y Salamanca busca por todas partes quien le ayude á reunirlos. El Banco de Castilla le oye, se entera del negocio, le gusta y ofrece dar 75 millones apenas sepa de una manera cierta que el banquero famoso ha entregado los otros 25. Pone en prensa su ingenio el capitalista, ofrece el 3 por 100 á los que quieran encargarse de la administración de los efectos timbrados, exígeles fianza, reúne fondos de este modo, y con la gracia que Dios le ha dado y las relaciones que ha adquirido en su larga é influyente vida, consigue que el plazo vaya estirándose. Al fin realiza su deseo: los 25 millones ingresan en el Tesoro... Ha llegado el momento de que el Banco de Castilla cumpla su compromiso.

—¡Y todo eso le preocupa á Vd., hombre de Dios!

—Calle Vd., que ahora viene lo bueno. El Banco de Castilla entrega los setenta y cinco millones; pero con protesta de que es preciso que se rebajen diez al año, ó sean cincuenta en el quinquenio, de los sesenta estipulados. «No se ha contado con los gastos de administración, exclama; por otra parte, el tipo es muy subido...» En una palabra, que después de aguardar el Tesoro más de lo regular, para tomar los cien millones y no en metálico como era de rigor, sino en valores, como letras, cupones, y casi estoy por decirle á Vd. que hasta papeletas de empeño, y no de una vez, sino á pedazos, como si dijéramos, ahora salimos con qué en los presupuestos se consigna una cantidad para indemnizar de sus pérdidas á la compañía del timbre.

—Pues amigo, todo eso, lo que prueba es que los que manejan el asunto son hombres de talento... no los engañarán aun cuando vayan solos por el mundo.

—No contenta con eso, la sociedad ha dicho á los administradores: «Se acabó el 3 por 100, no se dá más que el 2, y el que no quiera, que pida su fianza y que se marche.» Así lo van haciendo todos, y como es natural, se quejan... ¡que si quieres! «¡Demanden ustedes á Salamanca!» les dice el Banco. ¡Comprende Vd. lo que de aquí resulta! No es sólo ya la pérdida de lo que otros capitalistas hubieran podido aumentar al contrato en concepto de ingresos; no es lo ilusorio de los cien millones, causa apremiante del contrato, sino los diez millones que quieren rebajarle todavía anualmente, justificando esta rebaja con gastos de administración que no se estipularon... El Banco se agita, busca influencias, quiere el negocio, pero sin hueso alguno; y lo verá Vd. si no hay quien hable, si no hay quien explique lo que ese y otros negocios de su índole significan, el Tesoro, el pobre Tesoro sale perjudicado, y no, no puede ser y no será... El contrato debe anularse, tiene todos los vicios de nulidad desarrollados en su corta vida... y si se vota la modificación que quiere el Banco, yo me muero de pena... esta visión que me atormenta no desaparecerá... las arcas continuarán vacías. Antes me tiro por el balcón...

—¡Por Dios, Venancio!

—Cálmese Vd., caballero.

—Ya ha caído de nuevo en la postración... ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de mí?

—Su enfermedad es rara y de difícil curación.

—¿No me da Vd. esperanzas?

—Sí, como es de creer, el gobierno hace lo que ha debido hacerse, esto es, rescindir el contrato, por haber pa-

decido una equivocación involuntaria el que estendió las bases y se queda de nuevo con el timbre devolviendo á la sociedad su dinero, ó lo subasta en la forma que la experiencia le haya mostrado, que es la más conveniente para el Tesoro, en este caso su marido de Vd. se cura de el acceso, por más que le den otros de igual clase, pues su monomanía hallará siempre asunto, por desgracia; pero si dá gusto á la sociedad con detrimento del Tesoro, no digo curación, ni alivio puedo ofrecer al pobre enfermo.

—¿Conque es decir...

—Que del gobierno y las Cortes depende todo. Así, pues, esperemos. La enfermedad de su esposo de Vd. me ha interesado y estudiaré los medios de combatirla. Déjeme Vd. el nombre del paciente y las señas de su casa para ir á visitarle.

La desconsolada esposa me dió una tarjeta, y triste y abatida se llevó á su marido.

Apenas quedé solo leí el nombre del enfermo.

Se llamaba: ¡Pobre País!

EL DOCTOR CLABIDADES.

LAS VISITAS.

Con el deseo de hablarte dos palabras acerca de las visitas, llego al precioso tocador contiguo al gabinete donde entretienes tus ocios tocando un ratito el piano, levanto el *portier* y lo vuelvo á dejar caer precipitadamente al ver entrar por la puerta de la sala, muy alegres, compuestas y perfumadas á unas íntimas amigas tuyas, aquellas que conociste por primera vez el domingo pasado.

¡Qué oportunas son las visitas!

En la duda de si marcharme ó entrar al gabinete me quedo al paño.

Cesa de oírse el piano, se cae la banqueta, ladran dos perritos falderos, se oyen besos sonoros y carcajadas ruidosas.

Al fin, se restablece el orden después de repetidas saluciones, cambios de silla, arreglo de vestidos, guardapelos y sortijillas, miraditas coquetonas al espejo y otros detalles de instalación.

Dejo mi observatorio, me siento delante de tu *secrétaire*, y al eco de vuestra animada conversación me dispongo á escribir unas cuantas líneas.

Voy á tener el valor de confesares uno de mis más grandes defectos ó de mis mayores virtudes. Esto es lo que resta que analicemos.

Me preparo á oír improperios por todas partes, pero con la serenidad y firmeza que me caracterizan os diré: que no me gustan las visitas, que no las puedo sufrir, que las considero perjudiciales y peligrosas hasta cierto punto.

¿Queréis saber lo que son las visitas, vosotras las apasionadas del buen trato social? Oiga Vd., doña Angeles, usted que recibe y dá *tés danzantes* y tiene un canastillo lleno de tarjetas de todos tamaños y todos colores, y un libro de relaciones más grande que el libro de la deuda española, oiga Vd. los dialoguitos que sorprende en varias casas y en varias calles donde se habla de visitar á Vd.

—Primero iremos á casa de doña Angeles.

—¿Quién es doña Angeles, mamá, aquella señora tan fea que me dió la otra tarde en la calle figuritas de dulce?

—¡Yo no voy con este chiquillo á ninguna parte! vé tú sola, si quieres. Es muy capaz de decir á doña Angeles en su cara que es muy fea.

—Los niños y los viejos siempre dicen la verdad, querido esposo.

—¡Pero es una imprudencia!

—Pues que sea más bonita.

—¿A que me quedo en casa?

—¡No te tiene á tí con poco cuidado el que la llamen fea á doña Angeles!

—¡Yo quiero ir! ¡yo quiero ir!

—Lo único que falta es que ahora este niño nos alborote la vecindad.

—Corriente, vámonos; pero como despegues tus labios en casa de doña Angeles, en volviendo á casa te pongo como nuevo.

—No diré nada.

—Si te preguntan (que sí te preguntarán, porque esa mujer es lo más curiosa que yo conozco) cuántos vestidos tienes, dí que veinte.

—Jesús ¡qué manera de mentir!

—Y si te dice que la des un beso se le das en seguida.

—Pues á mí no me gusta dar besos á esa señora.

—Como no la beses, te tiro un pellizco que te saca sangre.

LOS MALOS TIEMPOS.



—No podemos ir á veranear; tú descotada podrás sufrir el calor de *todo Madrid*; pero, ¡cómo me presento yo con americana á todas horas! Te has empeñado en que todo lo empeñemos....
 —Mira, así estás mejor..... con eso cuando vengas conmigo, parecerá que tengo lacayo.

—Cuando te regalen los dulces no te los comas, te los guardas.
 —Y, sobre todo, que no le digas fea, porque si no tu padre va á tener un trastorno.
 —Hijas: qué sofocada voy. Mirad la lista á ver quién toca ahora.
 —Doña Angeles.
 —Estaba por dejar esta visita para otro día, no puedo dar un paso, estoy cansadísima, voy sudando á mares.
 —¿Qué cosas tienes, mamá! No ves que mañana es el concierto, y para que nos inviten...
 —Tiene razon Consuelo, es necesario asistir á la reunion de mañana, porque Arturo me dijo que no faltaria.
 —Que estés muy cariñosa con esa señora; su marido va á estar muy pronto en candelero.
 —¿Qué papeles tiene una que hacer en este mundo!
 —Dile al cochero que apriete el paso, á ver si terminamos pronto la apantacion para irnos al Retiro.
 —Bien, señora.
 —Abre, abre, que me he cogido un encaje con la portezuela.
 —¿Y dónde vames ahora, mamá?
 —No sé.

—¿Quién son estas señoras que dice la nota?
 —No me acuerdo..... unas amigas.
 —Como vá tanta gente á casa, es un mareo.
 —Le diremos al lacayo que deje las tarjetas, estén ó no estén.
 —Niña, no le preguntes á esta señora por su marido, porque están separados.
 —Bueno, mamá.
 —¿Estaremos mucho tiempo en esta casa?
 —No haremos más que entrar y salir. Es una de las señoras que más me cargan en Madrid.
 —Mi marido tampoco la puede ver. Y á propósito; si no está, dejaremos tarjeta de mi marido.
 —Y del mio.
 —Y de las primas.
 —Si, sí, lo mejor será llamar al chico de la portera, y que las suba todas.
 —¿Qué le parece á Vd., doña Angeles? Valientes visitas tiene Vd., es decir, tiene todo el mundo, porque otro tanto le pasa á cada hija de vecina. Consecuencias que lógicamente se deducen de cada uno de estos diálogos.
 Las visitas educan al hombre en la ficcion, le enseñan desde niño á disimular, á fingir, y á manchar sus lábios

con la mentira, contrayendo hábitos hipócritas de fingimiento miserable.
 Las visitas son un elemento de conveniencia mezquina y repugnante.
 Las visitas convierten á las personas en instrumentos ciegos de la farsa mundanal.
 Las visitas proporcionan á la juventud enseñanzas inmorales con ejemplos prácticos.
 Las visitas facilitan poderosamente el que nos engañemos los unos á los otros con más comodidad.
 Nada, nada; cada día me declaro más enemigo de las visitas, y eso que soy el hombre más comunicativo y amigo de estar en buenas relaciones con toda el mundo que se conoce. Pero una cosa es querer á una persona, ser su amigo, ir á verla, y servirla con el alma y la vida siempre que sea necesario, y otra es hacerle una visita.
 Dios me libre de esas confianzas, de esos cariños, de esas amistades, que no van más que de visita á una casa.
 Un rato de expansion en el seno del hogar, la compañía y el auxilio de afectuosas y sinceras amistades en ciertos y determinados momentos, la diaria comunicacion con las mismas, me recrea, me entusiasma, me consuela; pero hacer una visita, recibir una visita con el insostenible acompañamiento de fórmulas convencionales establecidas por esa cortesía rutinaria (que tiene más de rutinaria que de cortesía), me carga, me aburre, me pone malo.

Abandono mi escondite: corro á mi casa á terminar este artículo, y apenas he tomado posesion de la butaca, entra el criado.

—Señorito.

—¿Qué? ¿Alguna visita? no estoy en casa para nadie ni para mí mismo.

—Son esos amigos de Vd. que vienen todas las tardes.

—Mis compañeros de la infancia, los que no me han abandonado en el infortunio, ¿dónde están? que pasen corriendo; estas son las visitas que á mí me gustan.

UN CUENTO.

A un gitano de Triana, nata y prez de los flamencos, le amaneció cierto día del veleidoso Febrero con todos los aparatos del temporal más tremendo. Encontrábase el gitano con más hambre que un maestro de escuela, con una esposa y seis chavales que, en cueros, pan para desayunarse pedían á voz en cuello. ¡Quién á la calle salía desgajándose los cielos! Pero ante aquel cuadro de hambre no halló el hombre otro remedio que salir, pisando charcos, para buscar alimentos. Visitó á varios amigos, y sin conseguir su objeto se retiraba mohino cuando encontró unos arrieros que, al verle en tan triste estado, le regalaron un queso. Al fin era un comestible; y sin pan ni otro aderezo llegó el gitano pingando á su lóbrego aposento. La mujer y los chavales se abalanzaron famélicos sobre el queso, que el marido al suelo arrojó colérico; mas ni los agudos dientes de aquellos seres hambrientos, ni cuchillo, ni navaja brecha en él abrir pudieron. El gitano maldecía casi al compás de los truenos, y encarándose á su esposa, le dijo con triste acento: —Abre esa ventana, Rita, porque yo me desespero. —¿Cómo quieres que la abra con la noche que está haciendo! —Abre esa ventana, digo.

—¿Para qué, hombre del infierno?

—Mujer, ¡para que entre un rayo que nos parta á mí y al queso!

JUAN ANTONIO BARRAL.

CASCABELES.

La duquesa de Santoña lleva adelante, con el celo y actividad que le distinguen, la creación de una Sociedad protectora de la infancia.

Dirigiéndose á la señorita Balmaseda, en contestación á una sentida carta de esta apreciable escritora, le dice: «Sirvamos á nuestra infortunada patria de la mejor manera que puede hacerlo una mujer, enjugando las lágrimas del pobre y preparando las futuras generaciones en el cuidado material é intelectual de los que son hoy niños y debemos procurar sean mañana la gloria de su patria.»

Estos propósitos son nobilísimos y El Cascabel, los secunda con el mayor gusto.

Pronto dará cuenta del pensamiento de la caritativa duquesa de Santoña.

Extracto de una sesión del Ayuntamiento.

El Sr. Regidor.—Es un escándalo que habiendo bajado el precio del trigo diez reales en fanega, no bajen el del pan los panaderos.

El Sr. Alcalde primero.—Se han agotado todos los medios de conseguir esa rebaja, y no queda más recurso que almacenar trigo para hacer competencia á los panaderos.

El público.—Pues señor, para hacer lo que á uno le dé la gana, no hay en este país nada mejor que convertirse en panadero.

La Correspondencia, algunos días despues:

«La comision del gremio de panaderos se ha presentado espontáneamente al señor conde de Heredia Spinola, alcalde de Madrid, ofreciéndole que desde el día 10 ó el 15, bajarán dos cuartos el precio del pan.»

Yo.—¿Desde el 10 ó el 15? Aconsejo á Vds. que no coman pan hasta el día 16.

O mucho me equivoco, ó en esta cuestion veo retoñar el pan funcionalismo.

Con motivo de la revolucion turca y del suicidio del sultan dimitente, se cuentan unas cosas de aquel país que erizan los cabellos.

Casi todos los sultanes mueren allí estrangulados, y cada vez que esto sucede perecen á docenas sus amigos.

El sultan suicida se ha dado pasaporte para el otro barrio, segun los periódicos, para evitar que se lo dieran. Y el crimen lo ha cometido con unas tijeras.

Decididamente, comparada España con Turquía es un paraíso.

Más vale tarde que nunca. Lo digo esto porque, segun una disposicion oficial, van á darse ahora recompensas por la batalla de Alcolea.

La Iberia se escama con este motivo; pero yo no. Tarde ó temprano todo se recompensa en nuestro país. Y por eso digo que más vale tarde que nunca.

Delante del palacio de Justicia se va á establecer un jardinillo á la inglesa.

Hé aquí un medio de que lleguen los reos al tribunal por una senda de flores.

El clown Billy Hayden, que actualmente trabaja en el circo de Price, es una verdadera notabilidad en su género.

Su estilo cómico es completamente nuevo, así como sus saltos especiales, y de un mérito sorprendente. Es lo que se llama un clown de génio.

Todas las noches le aplaudé el público, y le hace repetir sus gracias y habilidades en medio de ruidosas ovaciones.

Los piratas callejeros de los Estados-Unidos están de pésame.

Convencidas las bellas de que los requiebros al aire libre y la persecucion por las calles de los enamorados es música, han decidido, cuando se vean acosadas, entregar los galanes á la policia, y es cosa de necesidad contestar á sus galanterías con un disparo de revólver.

Ya ha habido casos de este nuevo sistema de contestar á los piropos masculinos; y se ha notado que con este procedimiento aumentan los matrimonios.

¡Lo que saben las hijas de Eva!

Próximamente comenzarán los conciertos y funciones en el jardin del Buen Retiro.

El público espera con impaciencia este momento, por que se figura que este año se vá á lucir la empresa.

Refiérese que este año se ha hecho en Madrid un gran consumo en flores de Valencia.

Vean ustedes lo que son las cosas, y yo que creía que en Madrid nos andábamos todos por las ramas.

Pues no señor, era por las flores.

Es jóven: diez y seis años.

Hermosa como un serafín, les digo á ustedes que la tal valencianita es un dechado de perfecciones, una creacion poética...

—¿Bien, y qué?

—Nada, que despues de estudiar el segundo año de medicina, se ha presentado á examen.

Ahí tienen ustedes una bella á quien no podrá engañar ningun galan.

¡Si conocerá el corazon humano, habiendo estudiado anatomía!

El general Salamanca, al combatir el presupuesto del ministerio de la Guerra, ha hecho, sin saberlo, un chiste para El Cascabel.

«El tal presupuesto, ha dicho, es un restaurant militar establecido para dar de comer á la numerosísima clase de oficiales que hay en España, y la junta consultiva de Guerra la mesa más inútil del mencionado restaurant.»

Y, sin embargo, los oficiales no están contentos.

Me parece que al fin y al cabo vá á tener que elegirse para ministro de la Guerra á Fornos ó á Lhardy.

Curiosos, interesantes, y, sobre todo útiles, son los Estudios sobre bancos territoriales con la parcelación del territorio, que ha publicado D. Vicente Isbert y Cuyás.

Aconsejo á los que crean que el asunto de que trata este libro constituye la verdadera riqueza del país, que lean y mediten las observaciones que con gran claridad apunta su autor.

Un libro útil, publicado en Valencia por el editor don Pascual Aguilar, es el Guía del plantelista.

Todo cuanto puede necesitarse para sacar partido de la

arboricultura se encuentra en este libro, bien impreso, con un precioso cromo y que solo cuesta 12 rs.

El mismo D. Pascual Aguilar, editor inteligente, que publica obras para todos los gustos y las necesidades intelectuales, ha dado á luz un curiosísimo libro sobre la Mancebía en Valencia, ó sea apuntes para conocer la historia de la flaqueza humana en el reino valenciano.

¡Qué cosas tan curiosas se leen allí!

Bajo el punto de vista histórico es una joya, y vean ustedes lo que son las cosas, se puede adquirir por 4 rs.

El parque de Argüelles es un delicioso jardin donde una sociedad que ha tomado el poético nombre de la Brisa da bailes campestres todos los días festivos.

¡Dos bailes nada menos! Uno de cuatro á ocho y otro de ocho á doce!

Buena música, ambiente fresco, miradas de fuego y polkas íntimas.

¿Qué más puede pedirse?

Los que puedan que vayan al parque para dejarse acariciar por la Brisa.

He oido decir que bajo la direccion del distinguido literato D. Jerónimo Borao van á publicarse obras de los más ilustres escritores aragoneses, todas inéditas y muchas de ellas completamente desconocidas. En estos trabajos se ocuparán también bibliófilos y literatos muy distinguidos. Me parece muy bien y lo celebro.

En la huerta de Murcia se ha ahorcado un chico de 14 años. Desde el viaducto de la calle de Segovia se arrojó el otro día uno de 16, quedando muerto en el acto.

Horroriza pensar la causa de estos crímenes.

Una señora se ha fugado de su casa.

Al marcharse se dejó olvidado á su esposo, pero en cambio se llevó dinero y alhajas.

Hé aquí el caso excepcional de preguntar: ¿Quién es él?

El inteligente y simpático actor Alfredo Maza continúa al frente de la empresa del teatro de la Comedia, que ameniza las noches ofreciendo al público divertidas y bien ejecutadas comedias.

Ultimamente ha estrenado un gracioso arreglo del francés titulado No contar con la huésped.

También gusta mucho la linda pieza de Campo Arana Casado y sin hijos.

Nada: está visto: cada semana un tomo.

Manini es infatigable.

El último que ha publicado es de Ortega y Frias y se titula El primer deslíz.

—No siento yo el primero, decia un viejo verde al leer el título, lo que me asusta á mí es el último.

¡Habrás visto el calavera!

El Sr. Moreno, comisionado de los tenedores de la Deuda de Barcelona, está demostrando ante el ministerio de Hacienda que en España hay nada menos que 12.000 millones de riqueza imponible.

Pero como los dueños de esta riqueza se empeñan en demostrar lo contrario, resulta que los que dicen la verdad pagan por ellos y por los que la ocultan.

¡Y viva la Pepa!

CHARADITA

No es prima y cuarta mi novia aunque me importaría un bledo, pues esa cuarta primera por des-tres una yo tengo. Prima prima dice el porro, dos y prima forma el viento, dos y cuarta me repugna, y el todo..... busca y aciértalo.

ANAGRAMA

LA VE CAIN.

Nombre de una ciudad importante.

ROMPE-CABEZAS.

DAMA SOLA QUE VE GALAN...

Formar un refran con las cinco palabras.

SOLUCIONES.

A la charadita primera: PASTORES.

A la charadita segunda: TORNO.

Al anagrama: EMPICINADO.

Al rompe-cabezas: DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIBRE.

La primera charadita no la ha acertado nadie: ¡Ni Valentín! ¡Parece mentral!

La segunda, el anagrama y rompe-cabezas, los han acertado Ne-rey Solnas, el capitán de reemplazo Oaurrt-Dichms (llamándose así comprendo que esté de reemplazo), R. D. Perés, un inclusero y otro que se chupa el dedo y D. José Lloréns Perieás.

El anagrama solo, Dunterodentaine, D. Francisco Soriano, D. F. Barral.

La charadita segunda y el anagrama, D. Francisco Ramos, Casca-ciruelas, D. Manuel Joaquín Pascual, D. Albino Cuevas y el del apellido da seis kilómetros, que publicó en el número anterior.

MADRID.—1876.

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ.

San Miguel, 23, bajo.